

ALACRÁN

Salva Alemany



ALACRÁN

Salva Alemany



Santos es un hombre duro, tanto como el entorno en el que vive, una localidad en la frontera mexicana, lugar de paso de narcos e ilegales. El gringo Santos tiene dos amores: su esposa Lupe, la mejicanita, y su taller de motos. Pero las motos no dan lo suficiente para comer y Santos hace trabajos para el todopoderoso Don Dimas, quien controla desde su atalaya todo su entramado de negocios criminales. Decidido a cambiar de vida, Santos acepta un último encargo que le permita empezar de cero. Sin embargo el pasado vuelve a visitarlo para recordarle que no basta la mera voluntad para desterrar sus fantasmas.

Salva Alemany

Alacrán

ePub rev1.0

Encabook 18.04.19

Título original: *Alacrán*
Salva Alemany, 2018

Editor digital:



Para Lolita

Dios no les da alas a los alacranes¹

Refrán popular mexicano

Primera Parte

1

Santos observa el carburador que tiene desmontado en la mesa de trabajo de su taller y duda si comenzar a armarlo de nuevo. Echa una mirada al reloj de la pared, justo encima de un calendario Michelin de un año que ya ni recuerda, y sabe que no tiene tiempo. Se limpia las manos de grasa con un trapo deshilachado, lía un cigarrillo y se sienta en su destartada butaca. Contempla la Norton de su cliente, una moto preciosa, aunque le está dando más trabajo del que pensaba. Motos inglesas, ¿qué esperabas, Santos? En un radiocasete que ha vivido tiempos mejores, Sinatra pide con su inconfundible voz que lo lleven a la luna.

Saca un encendedor del bolsillo de la pechera de su mono azul, corta con las uñas el papel de fumar sobrante y enciende su cigarrillo con una honda calada. Apoya los codos en sus rodillas con la mirada perdida en la moto y repasa mentalmente el encargo que debe realizar esa tarde. No parece complicado, la casa está en las afueras, hacia el sur, una zona en pleno desierto, pocos vecinos. Santos es un hombre minucioso, no le gusta dejar nada al azar, no le gustan las improvisaciones ni las chapuzas y jamás se va de la lengua. Por eso es uno de los mejores en su oficio, por eso no le faltan encargos y sus clientes pagan lo que les pide.

Termina su cigarro y arroja la colilla apagada al gran cubo negro de basura que rebosa de papeles manchados de grasa. Se levanta y se dirige al fondo del taller donde tiene un pequeño despacho que hace las veces de vestuario. Se

saca el mono y lo cuelga de un viejo perchero de madera. Entra en el minúsculo aseo y se lava bien las manos hasta que la mayoría de la grasa desaparece. Se pone su gruesa chaqueta de pana y sale del despacho apagando las luces, de camino hacia la entrada desconecta la radio y se despide de Sinatra.

Antes de abandonar el taller, recoge su paquete de tabaco de liar de la mesa de trabajo y echa un último vistazo a las piezas del carburador que ha dejado ordenadas sobre un trapo color crema. Acciona el mando a distancia que pone en marcha el motor de la puerta y espera a que su lugar de trabajo desaparezca tras la persiana. Atraviesa el patio y cierra la cancela metálica mientras observa el muro en el que los chavales del barrio dan rienda suelta a su arte grafitero. Les tiene dicho que hagan el favor de pintarle cosas bonitas, pero ellos insisten en grafiar sus seudónimos con letras impactantes. ¿Cuándo aprenderán estos críos a dibujar una moto como dios manda? No tienen remedio. Cosas de la edad. De vez en cuando Santos repinta el muro de blanco y sabe que eso es un motivo para que ellos se relajen con sus botes de aerosol preparados.

Santos tiene su taller en un barrio alejado del centro, justo entre las vías del tren y el río Grande. Hay solares disseminados a la espera de operaciones inmobiliarias que la crisis ha dejado en barbecho. Son los parques de los pobres; arbustos, barro, gatos callejeros y bandas de chavales que juegan a ser tipos duros. La ciudad hace mucho tiempo que se olvidó de esta zona, atrapada entre el río y el aeropuerto.

El paso de la ruta sesenta y seis garantiza un buen número de turistas, muchos de los cuales viajan en moto. Algunos son clientes de Santos. Aunque no es una ciudad fronteriza como El Paso, está lo bastante cerca de México como para ser considerada mestiza. Asentada en las postrimerías del desierto de Chihuahua, casi la mitad de la población de Albuquerque son hispanos de origen mejicano.

El río Grande corta la ciudad de norte a sur, y la meseta este es visible desde cualquier punto.

Santos debe pasar por el banco a renovar la póliza del seguro de su taller antes de ir a casa. Sube a su Ford Taunus GLX de color verde oliva y se dirige al centro de la ciudad. Aparca en la tienda de repuestos de Leonard y aprovecha para preguntar por unos encargos de piezas que hizo la semana pasada. Al salir se detiene en el semáforo del bulevar Lomas. Camina despacio, con las manos metidas en su chaqueta para mitigar el frío de la mañana. Alguien se sitúa detrás de él y Santos se aparta hacia un lado mirando de reojo. Viejas manías. Los días en los que tiene trabajo extra, sus sentidos están un poco más alerta de lo normal.

Entra en el banco y pregunta por la sección de seguros. Quinta planta. En la ciudad los únicos edificios altos son bancos y algunos hoteles. Mierda. Nunca utiliza los ascensores. Son ataúdes con espejos. Otra manía. Llega jadeante a la quinta planta, y mientras espera para ser atendido, observa el panorama desde las alturas. Si no fuera por la Universidad, esta sería una ciudad muerta en mitad de un desierto. Casi puede ver su casa desde ahí, en las colinas de Sandía.

Cuando termina de efectuar sus gestiones, sube de nuevo a su coche y conduce despacio hacia la zona noreste. Santos vive bajo las faldas de Sandía Creek, una pequeña cadena montañosa al este de la ciudad. Es una zona residencial que ha crecido mucho en los últimos años. Casas lujosas han ido apareciendo poco a poco entre los arbustos. Él compró una parcela hace algunos años, antes del boom inmobiliario, cuando en ese trozo de desierto había más coyotes y cascabeles que personas.

Al pasar junto a los apartamentos Pavilion, ve un coche de policía estacionado en la entrada. Un agente está hablando con Pete, el vigilante de seguridad. Un buen tipo, Pete. Hace unos días le dijo que se habían producido algu-

nos robos en la urbanización. Casi puede imaginar la conversación con el agente. “Esta no es una zona de alta criminalidad, ya sabe. Haremos lo que podamos. Solo tenemos ochocientos agentes para una ciudad de casi un millón de habitantes. Prioridad baja, ya sabe. Solo el año pasado tuvimos más de un millar de robos de coches. Ciudad fronteriza. Las drogas, ya sabe. Los mejicanos. Ya sabe.”

Su casa, como la mayoría en la ciudad, es una construcción de adobe de estilo mejicano. Una caravana, que un día fue su hogar cuando llegó a la zona, yace inmóvil a un lado de la parcela. Un seto alto rodea la propiedad y la hace casi invisible desde fuera.

Santos baja del coche, saca sus llaves y antes de abrir la puerta se queda un momento escuchando. No se oye nada.

Al entrar percibe el inconfundible olor a guiso de conejo y busca a Lupe en la cocina, pero está vacía. Llega al salón y la ve fuera, apoyada en la barandilla de la terraza trasera, con la mirada perdida en los arbustos del fondo del jardín. Al escuchar sus pasos ella esconde un papel en su delantal, se gira y le sonrío. Pero es una sonrisa triste. Santos se acerca y puede ver en sus ojos que ha estado llorando. No necesita preguntar la razón, la conoce de sobra. Sabe que Lupe no quiere llorar, es simplemente que a veces no puede evitar que las lágrimas se le escapen. Se aproxima y la abraza por la cintura apoyando su barbilla sobre el hombro de ella mientras la besa en la mejilla. Se quedan así un rato, sin decir nada, ambos sintiendo ese dolor que hace derramar lágrimas a Lupe y enfurece a Santos. Odia no poder aliviar esa pena. Sabe mejor que nadie que Dios no existe, pero es bueno tener a alguien a quien culpar de vez en cuando. Lupe nota que la respiración de Santos se acelera, y también conoce la razón. Le acaricia las manos y se aprieta contra él hasta que nota que se calma. Se escucha el revoloteo de algunas palomas en las ramas bajas del pino del jardín. Luego, sin apartar la mirada del árbol le pregunta:

—¿Qué tal en el taller? ¿Cómo te tratan tus motos?

Santos expulsa el aire despacio antes de hablar.

—Bien, mexicanita, bien. Me gustan las cosas que puedo arreglar.

—¿Tienes hambre?

—Sí, además tengo trabajo esta tarde. No me puedo quedar mucho rato. He de ir a buscar una moto a las afueras. —Santos agarra a Lupe de su larga trenza negra y tira de ella suavemente hacia atrás para besarla en la frente.

—Vamos —dice ella—, lávate las manos y pon la mesa.

A Santos siempre le ha gustado que le recuerde esas cosas, como si fuera un niño. Su único niño.

2

Santos regresa a su taller, pero no es allí donde trabaja esta tarde. Entra en el despacho, se quita su gruesa chaqueta de pana, extrae su manojito de llaves y con una de ellas abre un archivador metálico que contiene una cuidada colección de cuchillos. Los filos relucen con destellos plateados cuando Santos los saca uno a uno para examinarlos. Elige el de mango negro con incrustaciones de nácar, lo guarda en una funda de cuero gastado que se coloca a la espalda por dentro del pantalón. Se pone la chaqueta, coge el mono azul y sale del taller cerrando la persiana. Camina unos metros y abre otra persiana del local donde guarda su Ford Lightning del 95 de color negro, una camioneta pickup robusta que le permite llevar una moto en la trasera sin necesidad de usar el remolque. El vehículo lleva rotulado en los laterales el nombre de un taller que no existe en una localidad situada a más de dos mil kilómetros. A quién coño le importa. Tira su chaqueta y el mono en el asiento del copiloto y se sienta al volante. Antes de poner el motor en marcha extrae del bolsillo de su camisa un papel en el que hay escrito un nombre y una dirección. Ha revisado la ruta en el mapa hasta memorizarla, pero la visualiza una vez más. No debería costarle más de hora y media llegar. Extrae un mechero del bolsillo de su camisa y prende fuego al trozo de papel; luego deja que se consuma en el cenicero del coche. Busca en la guantera el CD de Tom Waits *Used Songs*, lo mete en la ranura y suena *Heartattack and vine*. Adora la voz de ese cabrón. En marcha.

No le lleva mucho atravesar la ciudad, el tráfico de la tarde todavía no se ha espesado y el paisaje cambia conforme se aleja. Le gusta salir de la urbe, le relaja conducir por el desierto escuchando la voz rota de Waits. Pese al frío, baja la ventanilla y deja que el aire le corte la cara. Prefiere trabajar en el campo, es más fácil controlarlo todo y puede moverse despacio, pero claro, eso es algo que no puede decidir. Si dependiera de él viviría en otro sitio, pero a Lupe le gusta estar cerca de México y a él le gusta Lupe. Fin de la discusión. Santos es un hombre agradecido.

Cuando se aproxima no le cuesta trabajo localizar la casa, puede verla desde el cruce; sin embargo continúa un poco más y esconde el vehículo tras unas rocas unos cientos de metros más adelante. Se baja, comprueba que la camioneta no puede verse desde la carretera y se enfunda su mono azul de mecánico, luego extrae su petaca de tabaco del bolsillo trasero para liarse un cigarro.

Ya no queda mucho para que anochezca y el cielo está claro y sin nubes. Un ligero viento del norte hace ondear los arbustos a su alrededor. Baja el portón del compartimento trasero del vehículo y se sienta de un salto para fumar tranquilamente. Escucha el silencio, le ayuda. Como siempre, intenta dejar su mente en blanco. Enciende el cigarrillo, aspira despacio el humo y cierra los ojos. No pensar. No sentir. Actuar. Cuando los abre, los colores han empezado a confundirse unos con otros por la falta de luz. En marcha.

Se encamina hacia la casa dando un pequeño rodeo. Comprueba que todo está tranquilo en los alrededores. Una cerca de piedra de no más de un metro de alto rodea la propiedad. Es una casa modesta de adobe, con un patio empedrado en la entrada. Hay una vieja furgoneta aparcada junto a una higuera sin hojas en la parte trasera. Perfecto. Se aproxima sin prisa, llama a la puerta con los nudillos y espera. Escucha pasos en el interior que se aproximan y a continuación alguien abre despacio.